

HPR/119

Kozer, José. *La voracidad grafómana. Crítica, entrevistas y documentos*. Edición de Jacobo Sefamí. México D.F.: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2002.

La obra, poética y persona de José Kozer merecen un libro de esta naturaleza. Para quienes han estado al tanto de su creación a partir de los setenta de la pasada centuria, y para quienes todavía no conocen los libros que ha venido publicado desde entonces, hay aquí suficiente

y preciosa materia para comprender por qué la de este poeta es una de las voces más destacadas de la lírica en idioma español.

Esta colección se publica, asimismo, en un momento en que la mayor parte de la crítica en los Estados Unidos parece dedicarle mucha atención a la lectura sociologizante de la producción artística. En la academia norteamericana sobreabundan los estudios literarios enfocados en asuntos tales como la identidad, la etnicidad, la conciencia, la clase social y el género. Pues bien, los versos y las opiniones de Kozer –para aquéllos que aún no han declarado “la muerte del autor”- constituyen un terreno fertilísimo para ese tipo de exégesis.

Jacobo Sefamí, profesor en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de California, Irvine, es el editor. En la “Nota Preliminar” nos dice que, en buena parte, el presente texto está integrado por trabajos leídos en un simposio organizado por él en aquella institución durante los días 2 y 3 de mayo de 1997, cuando Kozer se retiró como docente. El libro está estructurado de la siguiente forma: “Nota Preliminar” (7-11); “Vida: testimonios y entrevistas” (15-108); “Artículos y notas” (111-310); “Reseñas” (311-330); “Documentos: prosas de Kozer” (331-428); “Bibliografía Selecta. Libros de Kozer” (429-430); “Bibliografía sobre José Kozer (431-436); “Procedencia de los textos” (437-440) y “Filiaciones de los colaboradores” (441-443).

A pesar de haber venido publicando colecciones de poemas desde los años setenta del siglo anterior (*Padres y otras profesiones*, 1972), y de haberse ganado un profundo respeto entre colegas y críticos, Kozer, nacido en La Habana en 1940, sólo fue presentado oficialmente a los lectores de la isla en 1995 por medio de un comentario biográfico-evaluativo preparado por Jorge Luis Arcos y de una antología dedicada a la llamada “diáspora” a cargo de Ambrosio Fornet, en las revistas *Unión* y *La Gaceta de Cuba*, respectivamente. Sefamí proporciona algunas informaciones claves, las cuales nos ayudan a entender a qué se debió esa tardanza. Kozer dejó su país natal en 1960 para radicarse en Nueva York. Allí vivió por más de tres décadas, ejerció como profesor de lengua y literatura en Queens

College, empezó y desarrolló su carrera literaria. A causa de esos factores, nunca formó parte del proceso literario generado en Cuba a partir del triunfo de la revolución. Naturalmente, ello no impidió que fuera conocido por algunos de sus coetáneos y contemporáneos en Cuba, según asegura Arcos en el prólogo a una antología de la poesía de Kozer que mencionaré luego.

Ello explica la presencia en esta edición de un ensayo de Víctor Fowler, único de los cubanos en este volumen que “vive en La Habana” (442), como se indica en “Filiaciones de los colaboradores”. ¿Qué pasó entre Kozer y el país natal? A José Homero le comenta: “Mas Cuba se me fue, a los veinte años: me expulsó” (89). Sin embargo, no considera que en este tiempo el suyo sea un asunto excepcional: “El siglo XX es el siglo del exilio. [Víctor] Hugo, exiliado, es un fenómeno grandilocuente y romántico: hoy día Hugo sería un exiliado más, otro caso” (93-94). Entonces Homero le pregunta: “¿Qué significa la palabra CASA para usted?” Kozer responde: “Casa es el lenguaje...” (95).

Por supuesto, la importancia de la poesía de Kozer no descansa ni en el lugar donde reside, ni en el sitio del cual se marchó. Tampoco el hecho de que se le publique en Cuba, siquiera demoradamente, se debe a razones de exclusivo mérito literario. Con argumentos de política cultural, y desde mediados de los noventa en específico, se han publicado en La Habana diversos títulos de determinados autores cubanos ausentes del territorio geográfico. En 2001, por ejemplo, Letras Cubanas publicó *No buscan reflejarse*, una antología de la poesía de Kozer, editada y prologada por Arcos.

De manera que por sucesiva acumulación de calidad en las obras publicadas, y a consecuencia de la positiva recepción que han tenido entre lectores y críticos, parece llegado el momento para que la “voracidad grafómana” de Kozer alcance, gracias a la edición de Sefamí, su máximo apogeo público. Claro, este reconocimiento no empezó ayer. Hace algún tiempo, en su ensayo “Lenguaje-de-nadie”, Gustavo Pérez Firmat colocó a Kozer en el mismo rango de prestigio canónico que ya ocupaban Eugenio Florit y Heberto Padilla: “Sus

poemas son ampliamente antologizados y estudiados” (147).

Sin embargo, para llegar al momento donde nos encontramos hoy, Kozer debió salir de Cuba. De ese modo continuaba un largo viaje de traslaciones iniciado en Europa, mucho tiempo antes, por sus progenitores judíos. De este proceso da amplia cuenta este libro mediante testimonios y entrevistas de mucho valor para conocer, usando un término acuñado por Alfonso Reyes, la prehistoria de la poesía kozeriana. Hay que leer y disfrutar lo que el poeta indica al respecto en “Esto (también) es Cuba, Chaguito” (“Mi patria es Cuba También./desde que en 1927 emigrara mi padre el polaco”); la entrevista hecha por Sefamí (“Kozer genealógico y migratorio”) donde el poeta confiesa que “nunca se me ocurre intentar escribir en inglés, cosa curiosa” (49), con lo cual continúa una tradición en la cual cabe, claro, el antecedente de José Martí, el más célebre de los modernistas “neoyorquinos” y renovador de la poesía y de la prosa hispanoamericana a fines del siglo XIX.

Precisamente en la entrevista concedida a Miguel Ángel Zapata, Kozer aclara que en los comienzos imita a Martí. Luego de esa etapa no sigue con los poetas de América Latina o España, sino con la lírica y la narrativa francesas. Esa decisión, sumada a otros factores explicados en *La voracidad grafómana*, hace que él actúe en sentido contrario al de muchos “comprometidos” de los sesenta y setenta. Digamos, no se une ni a los programas ni a las consignas extra-literarias del período: “Hagas la escritura que hagas, escribas el poema que escribas, tuyo es el testimonio, participas del testimonio, eres otro evangelista, otro ángel o mensajero, otro testigo” (73). Igualmente, resulta importante conocer el criterio “editorial” que tiene de su obra. A Zapata le enfatiza: “Yo nunca he escrito un libro. He publicado libros pero no los he escrito...yo escribo un solo libro, el de todos mis poemas...” (81).

Al arribar a este punto del volumen, el editor Sefamí introduce la sección “Artículos y notas”. Miguel Cabrera estudia paso a paso cuáles son los fundamentos de la poética de Kozer; José Rodríguez Padrón se concentra en el análisis de *Carece de causa* (1988),

considerado por este exegeta como el “libro quizá central de su trayectoria: centro y culminación” porque en éste se presentan “los tres temas básicos de la poesía de José Kozer: la familia, el hogar, la muerte.” En cuanto al criterio de la “cubanidad”, Pérez Firmat ofrece abundantes ocasiones para la polémica. Doy una muestra: “El lenguaje de Kozer es rico, copioso, flexible, preciso, pero no suena totalmente cubano.” Relaciono esta aseveración con la cita de Lewis Carroll utilizada por Guillermo Cabrera Infante en *Tres Tristes Tigres* (1967): “Y trató de imaginar cómo se vería la luz de una vela cuando está apagada.” La Habana, el primer escenario vivencial de Kozer, es desde 1960 un retablo reconstruido por la memoria. El ambiente, las voces de antaño, han desaparecido físicamente. Diríase que sólo queda lo espermático, esto es, los poemas como únicos testigos de una llama extinguida. Pérez Firmat apunta otras ideas interesantes: “los poemas...son ejercicios de la memoria, un intento de rescatar...un mundo que ya no existe en la historia”; “el hablante de los poemas...habita una utopía lingüística...”

Hasta cierto punto, y en contextos distintos, Pérez Firmat revitaliza el criterio de la teluricidad empleado por Cintio Vitier cuando éste analiza el paisaje “africano” presente en los versos de Nicolás Guillén. De regreso a Kozer, y en sentido general, pienso que a falta de un dato referencial de carácter sincrónico, la poesía puede y debe ser muchas veces diacrónica y ahistórica. La de Kozer en cuanto a Cuba es, para citar a Sefamí, un no-lugar. Las palabras sustituyen la ausencia de lo no visible inmediatamente. Así interpreto la lectura de Fowler cuando él recalca dos conceptos: a) “la poesía constituye una respuesta ante el devenir del tiempo”; b) “la intervención de la palabra poética trae como consecuencia una transformación/superación de lo real ocurrido.”

Sefamí cita unas palabras de Kozer sobre el tema de la identidad: “¿Poeta cubano? Sin duda. ¿Poeta latinoamericano? También. ¿Poeta judío? También. ¿Poeta chino? También. ¿Poeta norteamericano? También.” De lo anterior Sefamí concluye: “La única patria posible es el lenguaje mismo”. Angelina Muñiz-Huberman

HPR/124

insiste en el hecho de que Kozer preserva “la lengua en tierra extraña”. Finalmente, Lydia M. Gil anota estos juicios de Kozer: “...después de todo, yo no escribo porque soy cubano, o porque el ser cubano esté químicamente relacionado con el ser judío...” Uno de los mejores cierres al necesario, pero abusado tópico de la identidad en el espacio del poema, lo proporciona Eduardo Espina en “El silencio leído en voz alta”: “El registro verbal no cuenta como sílaba ni como historia; remite a lo que va borrando”.

El resto del volumen está compuesto, como antes expuse, por valiosas “Reseñas” las cuales tienen la virtud de informarnos sobre la recepción inmediata que tuvieron varios de los libros de Kozer entre poetas, narradores, editores y críticos. Finalmente, se encontrará un muestrario de las prosas de Kozer; un “Prólogo a Espejo de la luna, poemas de Saigyo”, poeta y viajero nativo de otro archipiélago, Japón; “El último de los mohicanos: un cubano judío” y el “Juego de cartas de José Kozer a Gastón Fernández Cabrera, q.e.p.d. (fallecido en Bruselas en enero de 1997)”.

A juicio mío, “El último de los mohicanos” sirve mucho para enfatizar y concluir con los aspectos que he venido destacando en esta reseña. Ahí el poeta habla de la errancia judía. Una vez más reitera que “no tenemos un lugar, y en vez de un lugar tenemos un Libro en contra del error, el Libro que está hecho de palabras”. En el último párrafo nos da esta suerte de despedida: “Nunca he regresado [a Cuba], nunca regresaré mientras viva. Mis hijas nacieron en Estados Unidos; son estadounidenses, no cubanas. Y así, yo fui la primera y última generación cubana. Un verdadero judío. Tal vez un verdadero nuevo cubano...”

Debo aclarar que incumplió con la afirmación de no volver. Después de un lapso enorme, nada menos que cuarenta y tres años, retornó a La Habana bajo condiciones que él describe en el artículo “Hablando se entiende la gente” aparecido en *Encuentro en la red*, Año III, Edición 504, jueves, 28 noviembre 2002. De esa manera, la grafomanía de Kozer lo llevó a encontrarse en La Habana de su primera vida con un libro hecho de las sustancias de otros libros nunca expresamente escritos como tales. Hoy sigue en los Estados Unidos, aunque ubicado en la Florida. Insisto: hay que leer esta primera edición mexicana que reúne casi toda la información necesaria para llegar a un gran poeta que ha cumplido bien su destino de transterrado.

Rafael E. Saumell
Sam Houston State University